

LO QUE SUPO UN AUDITOR DE GUERRA



LA LUCHA ANTICOMUNISTA

En los años 1947 a 1949 el país se encontró envuelto en una verdadera guerra, a pesar de que la población pareció no darse cuenta de ello. El Presidente de la República lo proclamó en todos los tonos, pero el escepticismo con que siempre se reciben los discursos y declaraciones oficiales, hizo que el país no se percatara de la gravedad de lo que ocurría.

Me refiero a la campaña contra el comunismo, y en la cual el Gobierno, como único recurso, tuvo la asistencia de las Fuerzas Armadas.

En esos años el Partido Comunista poseía una organización espléndida, que se había desarrollado, casi podría decirse bajo el amparo de los gobiernos que se habían sucedido durante el anterior cuarto de siglo.

El gobierno del señor Alessandri, entre 1932 y 1938 fué enemigo del comunismo, pero no lo obstaculizó en su propaganda. El señor Aguirre Cerda subió apoyado por él, bajo la engañosa etiqueta del Frente Popular, y el señor Juan Antonio Ríos tampoco lo persiguió en ninguna forma.

El señor González Videla por su parte, no sólo lo contó entre los partidos que lo apoyaban, sino que, en su primer gabinete, le entregó dos carteras ministeriales.

El Partido Comunista también había sido invitado para ingresar al Gobierno en los tiempos del Frente Popular, pero se negó obstinadamente a ello. El señor González Videla fué más hábil, o tuvo una visión política más amplia, pues lo obligó, prácticamente, a aceptar dos carteras.

Este paso, que criticó todo el país, y que pareció marcar

el momento de mayor auge del comunismo, fué, sin embargo, el comienzo de su caída. En efecto, pronto pudo observarse claramente el doble juego de los dirigentes comunistas, que hasta ese instante permanecía oculto, gracias a su prescindencia en las labores gubernativas. Desde la sombra, se dedicaba a criticar y obtaculizar las medidas del gobierno adoptadas por el Presidente de la República y sus Ministros, a pesar de que, muchas veces, esas medidas eran sugeridas por sus propios personeros.

Además, pronto pudo establecerse la conexión entre este partido con organismos internacionales, constatándose que la Embajada de Rusia y la Legación de Yugoslavia estaban encargadas de transmitir las directivas emanadas de Moscú.

Cuando el Presidente de la República comprobó esta situación rompió toda relación con el Partido Comunista, y la guerra quedó prácticamente declarada.

Las principales acciones de este conflicto se desarrollaron en tres frentes diversos: zona del carbón, ferrocarriles, y locomoción colectiva de Santiago. También se produjeron otras numerosas escaramuzas de menor importancia.

Por una curiosa coincidencia tuve oportunidad de conocer a fondo los antecedentes de esta campaña y hasta cierto punto de intervenir en su desarrollo.

La iniciación de la lucha puede fijarse, en el 2 de agosto de 1947, fecha en que juró un gabinete de administración en el cual el Ministerio del Interior lo servía el Almirante don Inmanuel Holger, y el de Defensa, el General de División don Guillermo Barrios Tirado.

Las primeras manifestaciones se iniciaron poco después con una huelga de los mineros de Lota y Coronel, con motivo de haberse fijado nuevos precios a la harina y al pan. El Gobierno respondió con un despliegue de fuerzas del Ejército y de la Armada, que a primera vista pareció desproporcionado, pero que bastó para que los huelguistas volvieran al trabajo.

Asimismo, solicitó del Congreso Facultades Extraordinarias, las que le fueron otorgadas de inmediato y que permitieron al Ejecutivo tener en sus manos todas las armas necesarias.

Vino luego una huelga de empleados en Chuquicamata, en la cual quedó ampliamente demostrada la dirección comunista. Los empleados de ese mineral solicitaban una serie de ventajas que les fueron negadas. Pidieron entonces que el diferendo se sometiera al arbitraje del Gobierno. Pues bien, cuando el Gobierno y la Compañía aceptaron dicho arbitraje, los empleados retiraron su proposición, en una asamblea en la cual hablaron en tal sentido los más connotados dirigentes comunistas. Esta huelga también fué vencida sin mayores problemas.

El 4 de octubre, el Partido Comunista iniciaba la gran ofensiva con que pretendía derribar al Gobierno, mediante una huelga en Lota y Coronel.

El campo de acción estaba muy bien elegido, pues no habían reservas de carbón en el país, y si la huelga se prolongaba tendría que producirse la paralización de las industrias, ferrocarriles y muchas otras actividades. Mientras que una huelga en el cobre haría perder a la nación una cantidad importante de divisas, la huelga del carbón lo paralizaría totalmente.

Además, las condiciones de vida de los obreros de Lota eran vergonzosas, lo que atraía hacia éstos la simpatía de todos cuantos conocían ese estado de cosas. El General don Jorge Berguño, en un amplio e interesante informe emitido a pedido de un anterior gobierno, se había pronunciado sobre esta materia con bastante latitud, pero en lugar de atenderse a las conclusiones de dicho documento, se produjo una discusión política en torno de él, y nada se realizó. Ahora los afectados intentaban exigir lo que debió dárselos de buena voluntad.

El Partido Comunista dominaba la directiva de los sindicatos de manera que su acción podía desarrollarse siguiendo una vía legal.

El Gobierno, sin embargo, no se dejó intimidar, comprendiendo la importancia del juego en que se había embarcado, y fué así como, el mismo día, designaba al Almirante don Alfredo Hoffmann, para que en su representación tomara a su cargo la explotación de las minas de la Compañía Carbonife-

ra e Industrial de Lota y de la Compañía Carbonífera y Fundición de Schwager.

En el mismo decreto se alzaban los salarios de los obreros de dichas compañías entre un treinta y un cuarenta por ciento. Igual alza recibió la asignación familiar y otros beneficios. A pesar de dichas medidas la huelga siguió adelante.

El día 8 de octubre el señor González Videla reunió en su despacho al Ministro del Interior, Almirante don Inmanuel Holger, al Ministro de Defensa, General don Guillermo Barrios, al Director General de Reclutamiento, General don Andrés Poblete, al Subsecretario de Guerra Coronel don Guillermo López, y al que esto escribe, con el objeto de conversar acerca de las medidas que pensaba adoptar.

En dicha reunión, que duró casi todo el día, el Presidente de la República dió a conocer todas las informaciones que habían llegado a su poder, relacionadas con la huelga y la acción del Partido Comunista. Se extendió acerca de las medidas tomadas por los dirigentes para evitar que los obreros volviesen al trabajo después de dictado el Decreto de intervención y aumento de salarios.

En seguida puntualizó todas las actuaciones comunistas destinadas a formar en los obreros la conciencia de que debían mantenerse unidos para vencer en la lucha emprendida y "derrotar al Gobierno".

Otro punto que también trató largamente fué el relativo a las actividades de los representantes diplomáticos de Yugoslavia, a fin de obtener del Partido Comunista que asumiera el control de las fuentes productoras de materias indispensables para la industria bélica, para evitar que con ellas se auxiliara a EE. UU. en un caso determinado.

Finalmente se conversó de las medidas que el Gobierno estimaba conveniente adoptar para neutralizar la acción del partido comunista.

Desde el día siguiente esas medidas se pusieron en práctica. La primera de ellas fué la de llamar un contingente de 4.500 reservistas que engrosaran los efectivos de las distintas unidades del Ejército. En seguida se dispuso movilizar al per-

sonal de las minas para hacerlo trabajar bajo el régimen militar.

La medida más efectiva fué, sin duda, la de trasladar a diversos lugares del país, en uso de las Facultades Extraordinarias, a los dirigentes de la zona del carbón.

La ejecución de estas resoluciones se inició de inmediato, pero tardaron unos pocos días en producir todos sus resultados, pues, en un principio no se creyó que el Gobierno las aplicaría hasta su último extremo. Cuando esa actitud se hizo pública, inmediatamente, se apreciaron sus favorables consecuencias. El General don Santiago Danús Peña, Comandante de la III División, fué encargado especialmente de aplicarlas.

El 14 de octubre el Ministro de Defensa, General Barrios se trasladó a la zona del carbón, y en una visita de dos días coordinó la acción de las autoridades locales y les dió un vigoroso impulso, con lo cual la decisión del Gobierno se impuso con toda rapidez.

Uno de los factores que más contribuyó a este triunfo, fué el envío de 1.500 voluntarios desde distintos lugares del país, que se presentaron para trabajar en las minas.

Cuando este contingente arribó a Lota, los huelguistas se dieron cuenta de que se llegaría hasta el extremo de hacerlos salir de la zona para reemplazarlos por gente nueva, y se resolvieron a volver al trabajo. Además se encontraban ya libres de la prédica disolvente de los cabecillas comunistas, que habían sido trasladados a otros puntos del país.

El 17 de octubre los mineros se reintegraban a sus labores y la situación quedaba normalizada.

Corto fué, sin embargo, el período de calma, pues el 21 del mismo mes se producía en Schwager otro hecho que pudo tener gravísimas consecuencias. A las seis de la madrugada de ese día bajó a las minas el turno de la mañana, pero no subió el turno de la noche anterior, con lo cual, ambos turnos, unos dos mil hombres en total, iniciaron una ocupación violenta de las minas.

El jefe de las fuerzas de vigilancia ordenó, como a las nueve de la mañana, al teniente don Eleodoro Newmann Ge-

bauer, del Regimiento Chillán, que bajara a imponerse de lo que ocurría.

Este oficial, acompañado de cuatro subtenientes y cincuenta hombres de tropa bajó a la mina. Una vez allí avanzó al interior, encontrando grupos de mineros que le advertían que no continuara, en tanto que otros daban la alarma a los que se encontraban más adentro. Repentinamente estalló un dinamitazo a unos diez metros de donde se encontraba el oficial. Este tuvo la tranquilidad de ordenar a su tropa que no disparara y que permaneciera en su sitio, y siguió avanzando solo, hasta encontrarse con el grueso de los mineros.

El Teniente Newmann comprendió que sólo podría lograr algún resultado tratando de convencer a los huelguistas. Se subió, pues, a una vagoneta volcada y levantó las manos pidiendo silencio. En ese instante un minero le gritó:

—¡Cuidado mi teniente, con el alambre de alta tensión!

La mano de Newmann casi había rozado ese dispositivo mortal.

—“Gracias compañero” — contestó, y aprovechó el silencio producido para arengarlos y exhortarlos a deponer su actitud.

Estos gestos del oficial predispusieron a los oyentes en su favor, de tal manera que cuando uno, para destruir el efecto, gritó: “Muera el teniente”, otro que estaba detrás, para hacerlo callar, le dió un garrotazo en la cabeza. El oficial no obtuvo, sin embargo, que los mineros cambiaran de actitud.

La situación era bastante crítica. La orden de que el Teniente Newmann bajara al interior de la mina constituía una gravísima imprudencia, pues la tropa podía ser atacada con cartuchos de dinamita y habría tenido que defenderse con un fuego graneado de los fusiles y ametralladoras. Es fácil imaginarse lo que aquello habría significado, y su repercusión en todo el país.

Apenas el General Danús se impuso de lo que ocurría, comprendió que era imposible que la tropa hiciera salir a los mineros. En los socavones y galerías de kilómetros y kilómetros de largo, prácticamente en la obscuridad, aquello habría sido un verdadero juego de escondidas en el cual, seguramente,

muchos soldados habrían caído víctimas de un ataque artero por la espalda. Por otra parte, el retiro de la tropa que estaba abajo, habría significado una confesión de su imposibilidad para actuar y de la equivocación cometida al hacerla bajar. Había, pues, que actuar con mucha cautela y sin cometer un solo error.

La primera medida que adoptó el General Danús fué la de hacer instalar un cordón telefónico al interior de la mina que le permitiera comunicarse directamente con el Teniente Newmann, a fin de imponerse de lo que había ocurrido abajo hasta ese momento y poder impartirle directamente sus instrucciones. Una vez establecido este contacto dispuso que el Teniente Newmann obtuviera que una comisión de dirigentes subiera a conversar con él.

Al Teniente no le fué difícil obtener tal cosa, subiendo a la superficie con tres dirigentes. El General Danús los recibió inmediatamente, y después de oírlos con atención, dispuso que regresaran al interior de la mina, con la orden peyoratoria de que sus ocupantes debían abandonarla de inmediato. Dispuso, asimismo que, en todo caso, los dirigentes deberían regresar a darle cuenta y que serían escoltados en ambos viajes por la tropa que se encontraba abajo.

La orden se cumplió tal como se había impartido, y la tropa subió escoltando a los dirigentes cuando éstos regresaron a dar su respuesta al General Danús. Afortunadamente, ella fué favorable, pues los mineros decidieron salir.

La situación se salvó merced al buen criterio y serenidad del General Danús, pues, aun en el caso de que los mineros se hubieran negado a salir, no había peligro de choque con la tropa, dada la forma en que ésta fué retirada.

Los mineros abandonaron la mina a los pocos momentos, y una vez que se calculó que todos habían salido, se lanzaron gases lacrimógenos por los tubos de ventilación, a fin de tener la seguridad de que no habían quedado algunos emboscados dispuestos a cualquier acto de sabotaje.

A la salida se detuvo a doscientos, entre los más prominentes, y se les remitió a bordo del "Araucano" a disposición

de la justicia. Al día siguiente se reanudaban normalmente las faenas.

El Gobierno había vencido en la primera batalla.

Pocos días después el Presidente de la República hacía sorpresivamente una visita a Lota y Coronel, tanto para felicitar a los militares, como para ponerse en contacto con los obreros, una vez liberados de la opresión comunista.

La segunda acción se produjo en los Ferrocarriles del Estado.

El campo estaba también elegido con inteligencia, pues, si se paraliza esta Empresa, los grandes centros urbanos pueden quedar sin abastecimientos, y la vida del país sufre trastornos irreparables que pueden llegar a causar la caída del Gobierno.

El paro ferroviario se inició el 4 de diciembre con una declaración de que sería sólo de veinticuatro horas. Yo pertenecía al Mando Militar de la Empresa, y pude imponerme que el anuncio de las 24 horas era sólo un disfraz para una acción de mayor envergadura, que tendía a evitar que se tomaran desde el primer momento medidas de prevención.

El pretexto de la huelga era un pliego de peticiones económicas presentadas por la Federación Industrial Ferroviaria, organismo que agrupa en su seno a todas las organizaciones gremiales de la Empresa.

El Delegado Militar, General don Miguel Quezada, puso en ejecución los planes que estaban preparados para esta emergencia, y logró asegurar un servicio mínimo de trenes, tanto de pasajeros, como de abastecimientos.

El veneno comunista se encontraba hondamente infiltrado en la Empresa, como lo prueba el hecho que había altos jefes comprometidos. Por ejemplo pertenecía a ese partido un ingeniero, jefe de la Sección Tracción de la II zona. De los maquinistas a sus órdenes más del ochenta por ciento eran también activos comunistas.

El Mando Militar, desde el comienzo, tomó enérgicas medidas. En primer término, removió de su puesto a todo el personal de la Empresa, y lo dejó en carácter de interino. En seguida, procedió a separar a todos aquellos empleados u obre-

ros de conocida filiación comunista, especialmente de los Servicios de Tracción, que eran los más afectados por la propaganda.

Constituyó, sin embargo, una nota reconfortante el hecho de que la IV Zona de la Empresa, que comprende de Temuco a Puerto Montt, continuó dentro del orden más absoluto, no adhiriéndose a estos movimientos. Contribuyó a ello la personalidad de su Jefe, el señor Harold Michelsen, que por sus excepcionales condiciones de inteligencia y criterio supo labrarse la confianza de sus subalternos.

Ante el fracaso del paro anunciado, los huelguistas se reintegraron a sus labores, pero el Gobierno, en conocimiento de la verdadera finalidad que perseguía el partido comunista, dispuso que el Mando Militar continuase en funciones todo el año 1948.

En otro capítulo he referido las experiencias de aquellos días.

En febrero de 1948 vencía la Ley de Facultades Extraordinarias, pero el marxismo estaba aún en plena acción, por lo que el Ejecutivo solicitó nuevas facultades, las que fueron concedidas por un nuevo período de seis meses.

El Partido Comunista, ante los fracasos sufridos, se replegó para iniciar una nueva ofensiva. Durante muchos meses preparó su acción con todo detalle, intensificando la propaganda y reajustando los dispositivos indispensables para la acción. Además, cambió su sistema de lucha, pues en lugar de aparecer directamente, se infiltró en las directivas de los gremios a fin de dirigir desde allí los movimientos posteriores.

Hasta fines de ese año no se produjo ninguna situación aguda, pues el comunismo se encontraba ocupado en este cambio de sistema.

El domingo 5 de junio de 1949 se produjo un hecho que reactivaría la lucha. El Frente Nacional Democrático —nombre adoptado por el partido comunista desde la dictación de la Ley de Defensa de la Democracia— preparó para ese día una concentración en el Teatro Caupolicán, por intermedio de la Federación de los Obreros de la Construcción. El Administrador del teatro hizo saber a los organizadores que para

ocupar el local debían premuirse de un permiso de la Intendencia de Santiago, y otro de la Caja de EE. PP. El Intendente, por su parte, contestó a la comisión que le solicitó la autorización, que él nada tenía que ver con concentraciones en locales cerrados, y que era el Administrador del teatro quien debía resolver.

El día fijado para la concentración, desde temprano comenzaron a llegar grupos de manifestantes, que a cada momento aumentaban más y más. El Administrador pidió entonces refuerzos a Carabineros y colocó grandes avisos anunciando la suspensión del acto.

La multitud permaneció frente al teatro como hasta las 11.30, hora en que empezó a trasladarse a la Avenida Matta, pero antes de llegar a dicha vía fué disuelta por el personal de carabineros.

Como a mediodía se había juntado en Avenida Matta, entre San Diego y Arturo Prat, un gran número de manifestantes que intentaban realizar el mitin a toda costa.

El Teniente don Oscar Reeves, que tenía el mando de Carabineros del Grupo Móvil, se acercó a los diputados señores Humberto Martones y Víctor Galleguillos, a fin de pedirles que disolvieran el comicio. En tanto el Teniente efectuaba esta diligencia, los carabineros comenzaron a disolver los grupos de manifestantes. En ese momento, desde un grupo de civiles, salió un disparo en contra de carabineros. Estos, a su vez, sacaron sus armas de fuego y se produjo un tiroteo por ambas partes, quedando heridos cuatro carabineros y veinte civiles.

En un momento dado, los manifestantes se refugiaron en el atrio de la Parroquia de San Rafael, donde, después de la lucha se encontraron numerosas armas y balas de pistola y de revólver.

Después de sostenidos esfuerzos pudo restablecerse el orden, pero la sensación causada por este suceso fué enorme. Se inició un sumario militar que instruyó el Fiscal, Teniente Coronel Auditor don José Nogués Larraín, y en el cual se precisó claramente el origen de los hechos y la intervención que cupo en ellos a elementos del Partido Comunista.

A pesar de la gravedad de lo ocurrido, ésto constituyó sólo un preliminar de lo que debía suceder cuarenta días después, o sea, el 16 de agosto de 1949.

Ese día estalló un movimiento popular, encabezado por los estudiantes secundarios, que se oponían al alza de las tarifas de la locomoción colectiva, autorizada por el Gobierno.

El Partido Comunista había logrado infiltrarse en los organismos directivos estudiantiles, y cuando el terreno estuvo preparado dió la voz de orden para un verdadero levantamiento popular.

Las masas de estudiantes se apoderaron de la vía pública e iniciaron una serie de actos de fuerza como la destrucción de vehículos, mítins relámpagos, etc.

En esos días había sido yo nombrado Auditor del Comando en Jefe del Ejército, pero el General don Santiago Danús, a la sazón Comandante de la II División, no quiso despacharme a mis nuevas funciones en tanto el panorama no se viera más claro. Merced a ello pude enterarme de todo lo que acontecía.

Creo poder declarar que nunca el país ha vivido horas de mayor peligro que los días 16, 17 y 18 de agosto de 1949. El Partido Comunista sabía que se jugaba el todo por el todo e intentó efectuar una acción de gran estilo: reproducir el asalto e incendio de Bogotá, y al amparo del desorden que sobrevendría, derribar al Gobierno para sustituirlo con hombres que pudiese manejar con facilidad.

El General Danús, ante de recibir ninguna información al respecto tuvo la intuición de lo que podría ocurrir, y tomó al efecto las medidas pertinentes.

Comprendiendo que un plan de esta naturaleza sólo podría tener como teatro el centro de la ciudad, creó un verdadero "anillo de seguridad", formado por la fuerza pública, que abarcaba las calles de Amunátegui, Alonso Ovalle, Mac Iver y Santo Domingo. De dicho sector se podía salir libremente, pero para entrar en él debía justificarse alguna razón de peso. En cada bocacalle habían dos piquetes, uno de carabineros y otro de Ejército. El primero constituía el cordón

propriadamente tal, en tanto que el segundo estaba encargado de prestarle apoyo en cualquiera emergencia.

Pasados los hechos se criticó tal disposición, pero quienes estaban en conocimiento de la situación existente opinaron en forma unánime que la medida era bastante hábil.

En efecto, desde hacía mucho tiempo la prédica comunista tendía a separar el Ejército de Carabineros, creando mutuos recelos. A Carabineros se le decía que el Ejército lo miraba en menos, y que por eso no actuaba en las calles, y a éste se le quería inculcar que Carabineros deseaba suplantarlos.

Al colocar a ambas instituciones en un mismo plano, se hacía comprender con hechos, que tenían en ese momento una misión común que cumplir, de defensa del régimen establecido, y al unisono, se prevenía cualquiera defección que pudiera producirse.

La nación nunca podrá comprender el peligro que vivió el trágico día 17 de agosto. Los vehículos de locomoción colectiva salieron al servicio bajo la custodia de personal del Ejército y de Carabineros, pero a pesar de ello tanto en el centro de la ciudad, como en los barrios apartados, fueron objeto de toda clase de ataques: incendio, volcamiento, destrozos, etc.

La Jefatura de la Plaza estaba instalada en el sexto piso del Ministerio de Defensa, y desde allí se dominaban los acontecimientos, que se producían en la vía pública.

Frente al Ministerio estaba en construcción el edificio de la nueva Caja de Ahorros, y allí tenían que entrar constantemente camiones con materiales.

Como a las once de la mañana, en toda la Alameda no se veía casi nadie. Los automóviles particulares esquivaban ese sector, y pasaban sólo algunos buses con su correspondiente escolta y uno que otro pasajero en su interior.

Repentinamente, cruzó desde avenida Bulnes un camión cargado de ripio en dirección al edificio en construcción.

Simultáneamente, la Alameda, hasta ese momento desierta, se llenó de gente que surgió de todas las puertas y rincones cercanos, se abalanzó al camión que se detuvo en plena calzada, y en menos de un minuto lo vaciaron totalmente, vol-

viendo a sus refugios con los bolsillos llenos de piedras. El camión vacío continuó su marcha a toda velocidad.

La maniobra fué tan rápida, que los piquetes de la guardia no alcanzaron a intervenir.

Y de pronto se iniciaron los ataques, los disparos, y las bajas.

Un autobús avanzaba por la calzada norte de la Alameda, desde Bandera a Teatinos; un individuo salió de su refugio cerca del Ministerio de Defensa, atravesó la avenida, y cerca del vehículo le lanzó una piedra que quebró un cristal. Hecho esto dió media vuelta y emprendió la huída. El soldado que custodiaba el bus se lanzó al suelo sobre la marcha, hincó la rodilla en tierra, e hizo un disparo con su carabina que dejó sin vida al agresor, cerca de la estatua de Infante. Al poco rato llegó una ambulancia que recogió el cadáver, y todo quedó como antes.

Según un cálculo hecho ese mismo día, entre las once de la mañana y las once de la noche, en ese sector se dispararon mucho más de mil tiros.

Hubo muchas bajas, pero nunca pudo establecerse el número exacto, pues sólo uno que otro herido fué a la Asistencia Pública. La mayoría rehuyó hacerlo por temor a verse comprometido en alguna investigación.

La vida de Santiago se paralizó, y el ambiente se tornaba cada vez más tenso.

Como a las siete de la tarde, el General Danús se vió enfrentado a un problema más grave aun: La escasez de tropas. Para resguardar los vehículos de movilización colectiva, las plantas de electricidad y de gas, los depósitos de bencina, obras de agua potable, edificios públicos, etc., había tenido que echar mano a todos los recursos disponibles. La tropa había almorzado y comido en su servicio, y ahora que su resistencia física llegaba a su término, se imponía la necesidad de relevarla, y no había con qué. Todos los efectivos estaban consumidos.

A esto se agregó algo más grave: se supo que en los barrios apartados se estaban efectuando mítins relámpagos, con

la intención precisa de avanzar hacia el centro. Si ello ocurría no habría fuerzas que oponerles.

Ante esta situación, el General Danús adoptó una medida que eliminaría el peligro, aunque a primera vista causó gran inquietud. Pidió al depósito de artillería que le enviaran cuatro tanques con su dotación completa. La orden se cumplió de inmediato, pero con igual rapidez se supo en toda la ciudad, haciendo que los manifestantes desistieran de sus propósitos.

Pero la escasez de tropas continuaba, ya que había que proporcionar guardia a los vehículos para el día siguiente. Surgió entonces la idea de traerla de las guarniciones cercanas, y la única manera de hacerlo era por tren. Hubo algunas dudas acerca de la posibilidad de realizar este traslado, por lo que fui comisionado para resolver dicho problema. Llamé por teléfono al Jefe del Departamento de Transporte de los FF. CC., don Edmundo Bertín, quien impuesto de lo que se trataba prometió darme una solución a los pocos momentos.

En efecto, antes de 10 minutos me llamó para decirme que le indicara cuántos trenes necesitaba, a qué horas y para el transporte de qué elementos. Me agregó que había escasez de locomotoras, pero que si se le autorizaba, suspendería el servicio de los trenes de itinerario, para dar prioridad a los convoyes militares. Le respondí que nos interesaba no interrumpir la carrera de ningún tren, por la intranquilidad que ocasionaría, pero que si era indispensable quedaba en libertad de hacerlo.

Resuelto el problema de los medios de transporte, el General Danús impartió las órdenes pertinentes, y dos horas después partía un convoy de Los Andes, trayendo parte del Regimiento Yungay y en Llay-Llay se unió con otro convoy que traía tropas de la Escuela de Caballería de Quillota, para llegar a Santiago a medianoche. A esa hora además, salieron de Los Andes y de Quillota otros trenes que transportaban el resto de las mismas unidades, y que llegaron a Santiago a las tres de la mañana. Finalmente, a las 6 A. M. llegó de Linares otro convoy que traía a la Escuela de Artillería y al Regimiento Colchagua, de San Fernando.

Al amanecer el Jefe de la Plaza poseía todos los elementos necesarios para defender el orden público.

El señor Bertín no necesitó suspender la carrera de los trenes de itinerario, y la Empresa de los Ferrocarriles del Estado contribuyó en una manera hasta hoy desconocida a sostener el Gobierno y la República.

Como en medio de las situaciones más complejas se producen escenas pintorescas, tal cosa no podía dejar de ocurrir en este caso. Una vez que todas las órdenes estaban en ejecución, me llamó por teléfono el señor Bertín, y después de comunicarme la marcha de los diversos convoyes, noté que deseaba decirme algo, pero que se sentía cohibido. Lo insté a que hablara con franqueza, y entonces me dijo que en una ocasión a un antecesor suyo le habían solicitado unos trenes, como en este caso, y que las tropas, llegando a Santiago, en lugar de apoyar al Gobierno lo habían derrocado. Al comienzo me sorprendió esta observación, pero luego comprendí que él ignoraba la situación, pues, yo no le había podido dar antecedentes por teléfono, por lo que se encontraba desorientado. Si había accedido a lo pedido se debió a nuestro conocimiento personal.

Disipé sus dudas lo mejor que pude, y para su resguardo le envié una orden firmada por el Jefe de la Plaza, con todas las especificaciones correspondientes.

Al día siguiente la situación se aclaró mucho, y el Partido Comunista comprendió que había perdido el factor sorpresa, y que el Gobierno no sólo estaba preparado para actuar, sino que dispuesto a usar de todos los recursos que tenía en sus manos para desbaratar sus propósitos, por lo que desistió de ellos en Santiago, para renovarlos en la zona del carbón.

En efecto, el 20 de agosto, en Lota, los obreros del primer turno, que eran cerca de mil, se apoderaron violentamente del Pique Grande y se mantuvieron en él en actitud subversiva.

Esta vez el Gobierno obró con gran celeridad, aislando totalmente esa zona por medio de un eficiente cordón militar. Asimismo aisló el Pique Grande, de manera que los mi-

neros allí encerrados no pudieran comunicarse con nadie. La situación se mantuvo durante 24 horas, y al día siguiente se hizo bajar un Destacamento del Ejército que sacó a los obreros sin incidente alguno. Durante esas horas se había producido, no sólo la desmoralización, sino la reflexión, y los obreros se dieron cuenta de la verdad de lo ocurrido. En la mina habían treinta y cinco dirigentes a los cuales ellos mismos denunciaron, y aun quisieron golpear, siendo salvados solamente por la intervención de la Fuerza Pública. Todos los investigadores fueron procesados por la Corte de Apelaciones de Concepción.

No terminaron allí los esfuerzos disolventes, ya que el comunismo trató de organizar una nueva huelga ferroviaria y un paro nacional que constituyeron el fracaso más rotundo.

El último acto público de esta lucha se realizó en noviembre de 1949, cuando, aprovechando la celebración de las Fiestas de la Primavera, el Partido Comunista organizó un mitin en la Plaza de Armas, y atacó a los carabineros que pretendieron disolverlo, produciéndose en la refriega veinticuatro heridos entre civiles y representantes del orden.

Después de todos esos fracasos el comunismo comprendió que el ambiente no estaba preparado para el logro de sus planes, y se refugió en su labor subterránea.